

Ignacia nunca fue una mujer con suerte. Al nacer, a finales del S. XIX en Talavera de la Reina, se encontró sin padre, recién fallecido en la guerra de África, y siendo hija de madre soltera.

Muy pronto, Ignacia se trasladó a vivir a Madrid con su madre, seguramente acuciada por las circunstancias. Allí se casó, dándole a su hija un padrastro y una nueva vida. En 1906, cuando presenciaba junto a su madre el paso del cortejo nupcial del Rey Alfonso XIII, Ignacia estuvo muy cerca de convertirse en una de las más de cien víctimas que resultaron muertas o heridas a consecuencia de la bomba que el anarquista Mateo Morral arrojó al paso del carruaje real, y que, tras rebotar en los cables del tranvía que circulaba por la Calle Mayor, fue a parar en medio de la multitud, donde Ignacia se hallaba.

Cinco años después del frustrado magnicidio, Ignacia contrajo el sarampión, esa enfermedad infantil que hace más de cien años podía tener terribles consecuencias, como fue en su caso: perdió la vista casi por completo.

Como la inmensa mayoría de los españoles de la época, se casó y tuvo hijos, siete para ser exactos. Pero su negra estrella impidió que tres de ellos llegaran a convertirse en adultos: uno murió al poco de nacer, otra de una extraña enfermedad cuando sólo contaba con nueve años y otro a los catorce.

Tras estallar la Guerra Civil, Ignacia no tuvo más remedio que afrontar la amargura de separarse de los cinco hijos que aún vivían. El asedio que la capital soportaba, obligó a las autoridades a evacuar a 25.000 niños a Valencia, zona que se mantenía del lado republicano. Cuando sus hijos retornaron con ella, uno de ellos no pudo hacerlo. Su delicado corazón le falló con catorce años. La tierra de Puzol guarda celosa los restos de Antonio.

La guerra siguió su curso. Hermanos enfrentados con hermanos, pueblos vecinos odiándose, cuando meses antes compartían el baile de las fiestas patronales, ... Al finalizar, ese odio derivó en represalias. Y así fue en el caso de Guillermo, marido de Ignacia. Fue denunciado por el portero de la finca

en la que el matrimonio vivía con los cuatro hijos que acababan de volver de Valencia. Acusado de “rojo”, dio con sus huesos en la Prisión de Porlier, uno de los muchos centros penitenciarios creados *ad hoc* en Madrid para albergar a quienes se consideraba que no comulgaban con el nuevo régimen nacido tras finalizar la guerra. Poco tiempo después, la noche de Reyes de 1.940, Guillermo iba a ser puesto en libertad. Ignacia recibió el aviso de las autoridades para que fuera a recoger a su marido al salir de la prisión. Y lo único que se pudo llevar fue su cadáver, con la carta de libertad metida en uno de los bolsillos de su ropa. Le dijeron que un accidente provocó su muerte. Ignacia se había convertido en una viuda de 44 años, con cuatro hijos pequeños a los que mantener y casi completamente ciega.

Ignacia tardó unos pocos años en conseguir que se le adjudicara una licencia para la venta de prensa. No se trataba de un kiosco con paredes y techo, sólo era el permiso que le daba derecho a vender periódicos y revistas. Durante veinte años estuvo trabajando en plena calle, en la Glorieta de Quevedo, a escasos metros de su vivienda, un semisótano interior, sin ventanas al exterior, perteneciente a un edificio del S. XIX cuyos ocupantes eran todos inquilinos de lo que se conoció años más tarde como “renta antigua”. Día tras día, con frío, calor, lluvia o nieve, Ignacia acudía a su puesto de trabajo. Pero antes de montar la mesa en la que colocaba los diarios, pasaba por la Calle de la Madera, pues en aquella época no había distribución de prensa a los vendedores, y eran éstos quienes debían recogerla en el centro de Madrid.

Ignacia, con una enorme fuerza de voluntad, sacó adelante a sus hijos, los cuales le dieron una docena de nietos. Pero su escasa suerte en la vida le privó del mayor de todos ellos. José Antonio tenía 26 años.

Pasó el tiempo, ese que cura heridas y que pone a cada uno en su sitio. Tras el matrimonio de su madre, habían venido al mundo tres bebés, quienes se convirtieron en medio hermanos de Ignacia. Y esa circunstancia parecía que les condicionaba, pues jamás la dieron el trato de auténtica hermana. Sin embargo, siendo todos ellos ancianos, y pocos años antes del fallecimiento de

Ignacia, retomaron (o mejor dicho, iniciaron) la relación con su hermana, lo que la llenó de una inesperada alegría en los últimos años de su aciaga vida. Y una enorme herida se le curó a Ignacia.

Por cierto, sus hijos tenían la costumbre de tratarla de usted, con mucho respeto, ese que se había granjeado con su titánico esfuerzo para sacarlos adelante en unas difíciles condiciones, agravadas por la posguerra. En alguna ocasión, cuando se dirigían a ella, le decían, “madre, eso no lo comprende usted, porque es de pueblo”, a lo que ella respondía, “sí, pero es cabeza de partido”. Toda su vida transcurrió en Madrid, pero era talaverana hasta la médula.

Ignacia murió rodeada de sus hijos y nietos y reconciliada con sus hermanos. Quizás no tuvo tanta mala suerte.